



El Mercurio Santiago
23-1-1977 P.Y.

663630

OBRA S Y AUTORES

Homero Bascuñán: De los Días Perdidos

Por Hernán del Solar

León Sánchez Latorre desmiente el lugar común de que los prólogos casi nunca dicen nada. Al menos éste es una excepción. Dice mucho al prologar la obra de Homero Bascuñán *De los días perdidos*, que publica Nascimento. Son páginas que conversan con nosotros cordialmente acerca del autor, de sus amigos, de los oficios que ha soportado durante largo tiempo, con el deseo de escapar pronto, y de otros vividos con alegría amistosa entre leales compañeros, libros que nunca olvida, azares de buena cura.

Sostienen algunos que no se debe hablar de la vida de los autores y que la obra es, al fin, la diéresis. Aunque sea un libro hermético. Entonces el lector dice calladamente lo suyo y, si es un crítico, cuenta cosas que al mismo autor le asombran. Pero esto no puede suceder con Homero Bascuñán. Se trata de un libro directo, claro, evocador de un pasado que se vuelve presente en sus páginas. Sánchez Latorre se limita a subrayar este hecho simple y cautivante: un escritor narra circunstancias de su existencia, a veces con sus inesperados alrededores, y no trata de ejemplarizar, de ser un guía de la conciencia de otros, porque lo único que pretende es astrar lo suyo y lo ajeno sin mentirse, como en voz baja, como cuando se está solo y se recuerda.

Lo biográfico que fecha el prologuista sitúa el nacimiento del autor. "Nació — nos dice — el 8 de octubre de 1901 en el mineral de Tamaya, provincia de Coquimbo. Hijo de minero, cursó la segunda preparatoria y hubo de dejar la escuela primaria para atender tan tempranamente, gracias al "establishment", necesidades ineludibles de la familia. De allí en adelante su vida es el más rico repertorio de oficios (la única riqueza de los pobres) que inventariarse pueda". Todo lo demás, realmente valeroso, se encuentra en el libro. Lo captamos desordenadamente, como en la vida, a través de la marejada de sucesos, y pedentos así estimar debidamente al hombre. El libro no tiene el paso disciplinado de la biografía, que siempre le da una mirada de solaya a la historia; no marcha al son de bombos y tambores, simplemente ca-

mina, vaga, y no quiere otro aplauso que el dado por el propio recuerdo.

Sabemos que el escritor lee concienzudamente, con alegría, y que el autor que le ha subyugado es Giovanni Papini. Del gran italiano ha recibido tal vez la limpieza creadora. Y el afán investigador de los innumerables problemas vitales. Le preocupa la suerte del hombre. Va observándola detenidamente. Se interroga y procura responderse. Lo advertimos a través de estas páginas.

Cada narración es un chispazo que ilumina un instante humano. No obstante su brevedad queda mostrada una vida de hombre representada en un gesto que le era habitual, en una palabra muy suya, en la fugacidad de una alegría, de un dolor, de un deseo que luego en la intimidad se encierran, desaparecen para los demás, son un secreto. En cada relato, tan corto siempre, de apenas unas páginas, se ve el punto de partida de una novela. No se desarrolla, se insinúa pasajeramente, pero sin embargo, todo queda dicho, se entra en la imaginación de los lectores a vivir plenamente. Excelente escritor que sabe callar, decir con exactitud lo necesario, sugerir particularidades. A veces con acierto de buena y sencilla literatura; a menudo con giros populares, vocablos callejeros, incorporados al contexto con soltura, con socarrona elegancia. Lo que importa a Homero Bascuñán es la vida tal como él la conoce, la ha vivido y visto vivir. Entonces domina con naturalidad sus expresiones. Nunca deja que las palabras suban muy alto, bajen muy bajo.

Los mineros, acompañantes de su intimidad —ya se acercan en la evocación o casi se desvanecen en los años— se hallan como dentro de su sangre, y el escritor escucha sus latidos, sus intermitencias, sus aceleraciones o su calma. Recuerda con ternura las minas de Tamaya y todo lo que fue suyo. "Mi padre, viejo proquinero: "Jije", mi gato regalón; "Pituco", el perro de la casa; el tordo guacho que se paseaba por el patio y el pequeño jardín "detectando" con el oído el movimiento de las lombrices bajo la tierra húmeda, que tanto spelecia, y junto a la artes, restregando la ropa y cantando antiguas canciones, mi madre, ahogada y sufrida como todas las mu-

jeas humildes de las minas y de las sierras". Estas imágenes reaparecen a menudo, sobre todo la maternal, firmemente despierta en su interior. Todo lo vivido es propiedad de su comprensión, de su ternura, de su alma, pero lo es también de la literatura, de ese arte que es incesante resurrección de lo que, para cada uno, fue.

Si los mineros aparecen iniciándole en la vida, enseñándole a sobrellevarla, dirigiéndola con la naturalidad del hombre para el niño, la verdad es que el repertorio de los amigos de Bascuñán es muy amplio, vivieron o murieron en las más apartadas zonas del país, quedaron guardados en la amplitud de su pecho. Son amigos de la más variada naturaleza, pero todos le dieron su amistad y de él la recibieron. Una experiencia vital riquísima, que le rebasa y, para bien nuestro, va al libro. Por la segunda década del siglo recuerda a los buenos espectáculos teatrales que vieron hasta los pampinos: Reyes, Olga Donoso, Quevedo, el tony Chalupa, Pedro Navia, Manolita Fernández, los hueros de Chincolco. Era joven el escritor y no perdió tales recuerdos. Todavía le acompañan. Algunos, como Jorge Quevedo, también pampino, es divisado —muerto ya— perdido en la pampa de hace cuarenta años recitando versos de su juventud.

Una de las estampas sobresalientes del libro la tenemos en su amistad con Antonio Acevedo Hernández. En breves líneas lo pinta de cuerpo entero, lo exalta justicieramente, situándole en un alto lugar de la literatura y de la hombría. Hay otros escritores que se han conquistado su inquebrantable estimación: Nícomedes Guzmán, Filebo, León González Zenteno, Jacobo Dunko, Coloane, y muchos que una y otra vez se repiten en su memoria.

Los viejos tanguos están en un querido rincón de sus predilecciones. Con ellos viven quienes los cantaron, y todo un largo trecho de los hombres de su edad. Pero el material *De los días perdidos* es toda una biblioteca histórica, sentimental, chilena, profundamente humana. Homero Bascuñán es un escritor que no hace bullicio, y se lo tiene sobradamente merecido. Digámoslo clara y sinceramente: lean su amantísima obra y no habrán perdido los días de su lectura.

Homero Bascuñán, De los días perdidos [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Homero Bascuñán, De los días perdidos [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile